



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

**Chiara Gamberale**

La luz en casa  
de los demás

Traducción del italiano por  
Isabel González-Gallarza

**SELECCIÓN DE FRAGMENTOS**

Título original:

*Le luci nelle case degli altri*

© Chiara Gamberale, 2012

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2012

Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

© Traducción: Isabel González-Gallarza, 2012

EDICIÓN NO VENAL

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados  
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual  
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Maria murió como se muere a mediados de diciembre, como se muere un martes, como se muere siempre si no te lo esperas en absoluto y, un momento antes de salir despedido de la moto y caer al suelo, rebotando sobre un coche aparcado en doble fila, estabas pensando: mañana, a las seis menos cuarto, dentista.*

*Tenía el pelo por debajo de la cintura, una falda de un color vivo, treinta años más o menos, una hija de seis, un trabajo fijo en una gestoría de administración de fincas y bastantes personas que la querían de verdad, observa el chico de la funeraria, lo bastante experimentado ya para no preguntarse más por qué ocurren ciertas cosas, pero no lo suficiente como para dejar de observar de vez en cuando a quiénes les ocurren.*

*Y es que funerales como ése no se veían todos los días.*

*—Perdónenme un momento, pero ¿qué tiene de malo el rito católico, vamos a ver? —había preguntado la señorita Polidoro, la noche anterior, cuando por fin todos se reunieron en el sexto piso, en el antiguo lavadero, y todos en el fondo esperaban que de pronto apareciera Maria, tarde como siempre y, riendo como sólo ella sabía hacerlo, dijera era una broma, no me digáis que*

os lo habíais creído, ¿qué pensabais, que me iba a marchar así, sin tan siquiera despedirme?

—Pues tiene de malo que Maria no era católica —sentenció Lidia Frezzani, la del cuarto.

—Perdóname, Lidia —intervino entonces la abogada Caterina Grò, del segundo—, pero ayer sostenías que Maria había declarado expresamente no querer un funeral católico, no quisiera que, y perdóname otra vez, fueras tú quien se creyera con derecho a atribuirle voluntades que no eran...

—Abogada Grò —terció entonces el ingeniero Bari-lla, el del quinto, que hablaba como si sentara cátedra incluso cuando no tenía intención de hacerlo—, por supuesto que ayer la dottoressa Frezzani mintió. Resulta a todas luces evidente: según usted, ¿por qué una muchacha de treinta y tres años debería haber sentido la necesidad de expresar voluntad alguna con respecto a su funeral?

—Alguien como Maria, además —corroboró su mujer.

—No creo que tenga sentido hablar de esto —suspiró Lorenzo Ferri—. La vida es una ilusión, y lo es tanto a los treinta como a los noventa años. Lo es para desechos humanos como yo, pero también para personas luminosas como Maria...

—¿Es que hasta en un día como éste tienes que hablar de ti? —estalló Lidia.

—Oye, no es por nada pero te estaba defendiendo, ¿eh? —le hizo observar él.

—No me hace falta, gracias. —Y, respirando bien hondo, se tragó las lágrimas. Aún más delgada y ner-

viosa que de costumbre, con sus ojos como de cómic manga enrojecidos y la nariz inflamada y colorada, parecía la más incapaz de soportar lo que había ocurrido. No es que tuviera con Maria una relación distinta de aquella, privilegiada, que todos y cada uno de los vecinos de esa finca mantenían con ella, no. La cosa era que, desde pequeña, Lidia vivía como a la espera de que ocurriera una tragedia. Hurgando en un cajón abierto en lugar de cerrarlo, estudiando la mirada de la gente, sin ahorrarse el hedor de los secretos que nos conciernen, el veneno de las mentiras, la ambigüedad de las intenciones.

Cuanto más sepa, menos podrá sorprenderme eso tan feo y tan malo que inevitablemente ocurrirá. Lidia estaba convencida de eso. Enamorarse de alguien como Lorenzo y tener que enfrentarse a su imprecisión ya le había asestado un duro golpe a su urgente necesidad de mantener bajo control todo el mal del mundo. Pero la muerte de Maria, ahora, la había golpeado con una violencia desconocida y la había invadido por todas partes, como una fiebre.

—Lidia, querida, no es que dudemos de ti, pero entiendo que aunque Maria no fuera católica, la bendición de un sacerdote es necesaria —volvió a intervenir la señora Barilla, con esa dulzura empalagosa que se suele reservar a quienes no son del todo capaces de lidiar con la realidad.

—¿Y tú? ¿Qué opinas tú? —Lidia se volvió de pronto a Michelangelo, el del tercero—. ¿Por qué no dices nada? Eres el que mejor conocía a Maria, ¿no?

*Todas las miradas se concentraron en Michelangelo. Tenía treinta y un años y un aire de perpetuo aburrimiento, de aristócrata incapaz de asombrarse por nada; pero su aspecto de príncipe cansado no le había bastado para conseguir un contrato indefinido en la empresa de software en la que trabajaba. Un día, sin embargo, conoció a Paolo: y, apenas un mes después de su primer beso, una mañana, el propio Michelangelo presentó su dimisión en la empresa. Dado su carácter, la certidumbre del desempleo era más soportable que la incertidumbre de un trabajo precario, y, para contribuir a los gastos de su vida en común (aunque sólo fuera simbólicamente, le repetía una y otra vez a Paolo: para mí se trata de una cuestión de principios), iba tirando con trabajillos de poca monta que casi siempre tenían como fin o como medio la defensa de los derechos de los homosexuales. Porque Michelangelo era, ¿cómo decirlo?, ininterrumpidamente gay. En el sentido de que si algo no tenía que ver con su inclinación sexual, entonces no le interesaba lo más mínimo.*

*—Bueno, ¿qué? —insistió Lidia, sin temor a parecer grosera, confiando en la libertad que el dolor otorga.*

*Michelangelo se miraba fijamente la punta de las zapatillas de deporte. Acudió en su auxilio Paolo: todo en él, desde la perilla, que parecía esculpida, hasta las corbatas, que estallaban en fregonazos fosforescentes sobre sobrios trajes de raya diplomática, pasando por la decoración, elegante y nunca previsible, del escaparate de la joyería familiar que regentaba desde*

que era un muchacho, traducía la determinación de aunar originalidad y compostura.

—Dejadlo en paz. ¿No veis que está muy afectado?

—Estamos todos muy afectados —precisó Caterina Grò—, pero nos gustaría saber qué es lo más adecuado que hacer mañana, Paolo.

—¿Y no podemos preguntárselo a su familia?

—Si no sabes de la misa la media, Swarovski, ¿para qué coño hablas? —lo atacó Samuele Grò, que, acostumbrado a tener que tragarse la rabia, cuando tenía ocasión de expresarla no era capaz de calibrar con discernimiento ni el destinatario ni la intensidad de la misma.

—Samuele, por favor —lo reprendió su mujer.

—Perdona, Cate.

—La verdad es que más bien te tendrías que disculpar conmigo —recalcó Paolo.

En ese momento, por fin, Michelangelo habló:

—Paolo, los padres de Maria murieron hace muchos años.

—Maria no tenía hermanos —añadió Lidia.

—Creo que un tío sí que tiene, pero vive en Goa, en una especie de comuna —añadió a su vez Michelangelo.

—Su familia éramos nosotros —zanjó Caterina.

Pero la señora Barilla se sintió obligada a comentar:

—Si no ¿por qué Maria se habría empeñado siempre en transformar nuestras reuniones de junta de propietarios en una especie de terapia de grupo, como lo llamaba ella? ¿Os habéis parado a pensarlo alguna vez? A

*Maria le gustaba hacernos creer que todo ocurría por casualidad, que de los gastos de calefacción habíamos pasado, como si tal cosa, a hablar de nuestros problemas personales, pero no era así. La verdad es que era ella quien sentía la necesidad de entablar una relación más íntima con nosotros, pobrecita mía: su mayor problema era la soledad...*

*Caterina, que no soportaba que la gente se pusiera a divagar en lugar de ir al grano, la interrumpió:*

*—No es casualidad que la policía haya llamado a la señorita Polidoro para reconocer el cadáver, y que sea también la señorita quien... quien se ha encargado... de la niña...*

*Pero no: ni siquiera ella era capaz de seguir hablando sin que su propia voz le devolviera un eco de ese sentimiento de absurdo al que solemos tratar de hacer oídos sordos. Se quedaron todos unos minutos flotando en el dolor imposible que sentían al pensar en el cuerpo de Maria ahora que ella ya no podía insuflarle vida.*

*Y luego estaba lo de la niña: Dios santo.*



[...]

25 de octubre de 1993

Vida mía:

Te he visto apenas un momento, antes de que una enfermera te llevara a otro sitio. Tenía tantas, tantísimas ganas de conocerte que, por supuesto, tú lo has notado y has venido al mundo dos meses antes de lo previsto.

Minúscula como una almendra,<sup>1</sup> dice el médico.

Por eso ahora tendrás que estar un tiempo en una cajita de cristal: ¡para que dejes de ser una almendra y te transformes en una niña de verdad! El médico me asegura que todo irá bien, pero ¿qué pinto yo en esta cama de hospital si tú no estás conmigo?

Por eso te escribo.

Porque no consigo pensar en nada más que en ti.

Y porque son tantas las cosas que me gustaría darte, desde este mismo momento hasta siempre, y tengo tanto miedo de no ser capaz que, al menos, si algún día lees esta carta, sabrás que lo habré intentado con todas, todas, todas mis fuerzas.

Me gustaría que estuvieras aquí conmigo ahora, pero eso ya te lo he dicho.

Me gustaría, me gustaría, me gustaría.

\* En italiano, «mandorla» significa «almendra», de ahí el nombre de la protagonista. (*N. de la t.*)

Me gustaría encontrar para ti un nombre perfecto, uno de esos nombres que, cuando la gente te pregunta «¿Cómo te llamas?», al contestarles tú «Me llamo tal», te dicen: «Pero ¡qué bien te queda ese nombre! ¡Parece hecho a propósito para ti!»

Me gustaría, me gustaría, me gustaría.

Me gustaría haber estudiado un poco mejor mi lengua y haber leído muchos libros bonitos para escribirte una carta con las palabras más hermosas del mundo: pero nunca me gustó mucho el colegio. Y luego, cuando murieron los abuelos, tuve que espabilarme y encontrar trabajo, así que ¡adiós a la cultura!, por no hablar del trabajo que encontré por fin, en la Gestoría de Administración de Fincas Poggio Ameno: siempre estoy lidiando con las cuentas y los impuestos que la gente paga o no paga, ¡vamos, que hago de todo menos utilizar palabras bonitas! Pero una chica a la que conocí gracias a este trabajo, que se llama Lidia, me dijo una vez una cosa que me dio que pensar: «Cuanto mejor sabes utilizar las palabras, en lugar de acercarte, más te alejas de lo que quieres expresar de verdad.» Así que, ¿sabes lo que te digo? ¡Me alegro de no saber escribir bien para decirte todo lo que me gustaría!

Me gustaría, me gustaría, me gustaría.

Darte todo el chocolate que quieras sin que engordes (está riquísimo, mi preferido es el que lleva leche).

Que si tus compañeros de clase se burlan de ti por la razón que sea, tú pienses que los que se equivocan son ellos, no tú.

Hacer muchos viajes contigo (yo ni siquiera tengo pasaporte, pero ahora me lo voy a sacar porque el mundo es enorme, y tú tienes que verlo todo, tienes que conocerlo entero).

Me gustaría que no te pusieras nunca enferma.

Que no te salieran las muelas del juicio (duele muchísimo cuando te las arrancan).

Que te gustaran los sombreros tanto como a mí, así podremos coleccionarlos juntas.

Me gustaría que tuvieras muchos amores tontos, de los que te ponen mariposas en el estómago y te hacen sentir que estás como en una nube: todo el mundo me dice y me repite que, en la vida, el amor no lo es todo, y por supuesto que tienen razón. Pero ¿qué quieres que te diga? Los días más felices de mi vida (sin contar el de hoy, claro), han sido aquellos en que he estado enamorada. A lo mejor de alguien que no valía en absoluto la pena, pero ¿qué más da? No hay nada más bonito en el mundo que despertarse en una cama en la que nunca habías dormido antes y pensar: en este preciso momento no necesito nada más de la vida.

Vamos, que me gustaría que vivieras tantas y tantas mañanas como ésas.

Pero claro, también me gustaría que luego, en un momento dado, encontraras a la persona adecuada (adecuada para ti, quiero decir). Yo no lo he conseguido, pero aún no he perdido la esperanza. El problema es que los hombres se quedan encandilados cuando ven por primera vez una jirafa en el zoo: pero luego en casa prefieren tener un perrito.

Por eso me gustaría que te convirtieras en una persona especial como una jirafa en la ciudad, pero con el instinto doméstico del perrito (que es algo que yo nunca he tenido).

Me gustaría, me gustaría, me gustaría.

Que te gustara bailar.

Que, en los momentos de desesperación, no te diera por envidiar la felicidad, o la suerte o los éxitos de los demás, las certezas, los resultados o la luz en casa de los demás: en todas partes hay cosas buenas y cosas malas.

Me gustaría pensar que siempre serás más fuerte que lo que te pueda pasar en la vida.

Me gustaría enseñarte a cocinar.

Me gustaría enseñarte a conocer los nombres de las plantas (incluso las raras).

Me gustaría que encontraras un amigo, como lo es para mí mi amigo Michelangelo, alguien que, mientras todo lo demás gira y cambia, se quede quieto y esté siempre ahí.

Que aprendieras al menos un idioma extranjero (yo no conozco ninguno y me siento estúpida).

Me gustaría que leyeras esta carta siempre que lo necesites, para que pueda hacerte bien, como a mí hoy me está haciendo bien escribirla.

Me gustaría que, hasta entonces, la guardes siempre, dentro de un sobre, como una especie de amuleto mágico que te protegerá de todas las cosas malas del mundo.

Me gustaría, me gustaría, me gustaría.

Que nos peleáramos el mínimo necesario para entender lo importantes que somos la una para la otra.

Que tuvieras el pelo liso (dicen que tenerlo rizado es un rollo).

Me gustaría que tu padre fuera un astronauta que se pasea por la Luna pero que siempre está pensando en nosotras, y no un hombre como tantos otros, un hombre que vive en la calle Grotta Perfetta 315 y, una tarde de marzo, quizá por aburrimiento, quizá por curiosidad, hizo el amor conmigo en el antiguo lavadero del sexto piso.

Me gustaría, me gustaría, me gustaría.

Que las enfermeras te trajeran aquí cuanto antes.

Porque sé que todos los días nace alguien, pero también, por desgracia, muere alguien. Qué se le va a hacer. Cuando te toca

a ti te crees que es la primera vez que ocurre, la primera vez en absoluto. Y hoy me parece que ninguna mujer, aparte de mí, ha sido nunca

Mamá.

[...]

—Shhhhh. —La señorita Polidoro se llevó un dedo a los labios—. Por fin se ha dormido la pequeñita, ahí, en la otra habitación: no hagamos ruido —le ordenó a Gianpietro.

Con todo el lío de los últimos días, era la primera vez que volvían a verse.

—Pppppp... pero... ¿qu-qu-qu-é ppppppppp... pasa ahora?

Como de costumbre, me hace siempre las preguntas más oportunas, pensó ella.

—Ahora... querido Gianpietro, ahora es justo cuando tienes que sujetarte a la silla para no caerte, porque ahora es cuando llega lo más absurdo de toda esta historia. ¿Otra taza de té?

—Grrrrrrr... a...

—Toma. —No es propio de la señorita Polidoro impedirle terminar una palabra: es obvio que lo está pasando verdaderamente mal, pobre maestra, observa Gianpietro. Tengo que esforzarme al máximo por entender lo que está pasando y decirle al menos una palabra de consuelo. Si encontrara una corta sería lo ideal.

—Pues bien —empieza Tina, misteriosa y solem-

ne—, al día siguiente nos reunimos todos otra vez en el antiguo lavadero. Como bien comprenderás, Gianpietro, con lo que ponía en la carta de Maria, se ha convertido en un lugar maldito: pero ¿qué se le va a hacer? Estamos acostumbrados desde siempre a celebrar allí las reuniones de junta de vecinos, quizá habría sido aún más embarazoso, dada la situación, proponer vernos, qué sé yo, aquí, en mi casa, por ejemplo.

—Ccccc... ccccc... claro.

—Claro. Bueno, total que, por suerte, la que toma enseguida la palabra es la abogada Grò: ¿sabes quién te digo, esa señora un poco entrada en carnes del segundo, la que tiene un marido que es un vago redomado y una ricura de bebé? Ésa, sí. Vamos a intentar ser prácticos, dice: esta mañana he hecho un par de llamadas, y un compañero mío de trabajo se encargará de gestionar la cuestión del análisis de ADN de Mandorla con la máxima discreción, dice esta señora. —Tina coge aire dos o tres veces: está tan agitada que parece al borde de un ataque de asma. Pero prosigue—: No te imaginas, Gianpietro, había una tensión en el ambiente que se hubiera podido cortar con un cuchillo. Naturalmente, todos mirábamos a la abogada Grò agradecidos, porque se estaba tomando ella la molestia de sacarnos a todos las castañas del fuego, pero a la vez, cómo decirlo, nos sentíamos incómodos... o quizá debería hablar sólo por mí: ¡y es que, diantre, y tanto que me sentía incómoda! Está en juego la vida de una niña de seis años, no se puede hablar de ello así como así, como quien fija el precio de un kilo de patatas, ¿no?

—Ccccc... ccccc...

—Claro que no. Pero también es verdad que, si Mandorla tiene un padre, está bien averiguar quién es para que pueda ocuparse de ella.

—Ccccc... ccccc...

[...]

—Bueno, el caso es que al final Lidia dice: me gustaría expresar mi opinión. Y no sabes a lo lejos que se remonta, Gianpietro... Empieza a contarnos de cuando sus padres se separaron, y pobre chica, aunque eso fuera hace más de veinte años, todavía se la ve afectada. Es terrible, dice, es terrible, lo repite bastantes veces: es terrible cuando una familia se rompe, porque no se rompe en dos, dice, se rompe en tres, o en tantas partes como personas constituyeran esa familia. Mis padres y yo nos rompimos en tres, dice, y a partir de ahí perdí el hilo, porque se puso a filosofar que además de romperse en tres en el sentido de ser tres personas esencialmente solas, cada uno de ellos se rompió en tres trozos: por dentro... o algo así. Pero quiero llegar a donde quiero llegar. —A Tina se le encienden las mejillas, como iluminadas por un neón rojo oscuro—. Sí, quiero llegar a donde quiero llegar. Porque al final lo que Lidia quería decir era: ocupémonos de Mandorla todos juntos.

—¿Qu-qu-qu-qu-é? —De repente a Gianpietro ya no le sale tan natural asentir a todo lo que dice la maestra.



—Y no termina aquí la cosa. Porque el novio de Lidia (Lorenzo Ferri, el famoso escritor, sabes quién te digo, ¿no?), que, por lo general, o no dice nada o lo que hace es meterse con ella, esta vez la mira como si estuvieran solos, le coge la mano y le dice: qué buena idea. ¿Y qué hace luego? Pues se lanza a una filípica sobre los monjes trapenses, improvisa una especie de clase magistral, ¿te haces una idea? Nos explica que en los conventos de esta orden religiosa, mira tú por dónde, si se moría el padre de uno de los monjes, el, cómo se llama... —Tina cerró sus ojillos miopes para concentrarse.

—¿El qu-qu-qu-qu-é?

—¿Cómo se le llama al que manda en un convento?

—¿El jeffffff... ffffffe?

—Lorenzo empleó otra palabra, pero bueno, tanto da, llamémoslo jefe. El caso es que si se moría el padre de uno de los monjes, como vivían aislados, a quien le llegaba la noticia era a este jefe, vamos a llamarlo así. ¿Y sabes qué hacía?

—¿Qu-qu-qu...?

—Los reunía a todos y anunciaba: ha muerto el padre de uno de vosotros. Pero no os voy a decir de cuál. Lloradlo como si fuera el padre de todos. Como si fuera el vuestro.

—Pppppp... ppppero ¿el ppppp... padre de qu-qu-qu-qu-ién se ha mmmm... muerto?

—¡Pero ¿tú qué has entendido?! —Tina levanta al cielo sus ojillos de topo: desde que tenía seis años hace lo mismo cuando le hago perder la paciencia, piensa

Gianpietro. Y, durante un segundo, se siente irremediablemente feliz—. ¡Gianpietro, pues no faltaba más que eso, que se hubiera muerto el padre de alguien! ¡Era un ejemplo! No hay ningún padre muerto... y de eso se trata precisamente, que tampoco hay ningún padre vivo. O mejor dicho, la pobre pequeña Mandorla no tendrá... o sea, no, al contrario, tendrá muchos padres. ¿Lo entiendes?

—Nnnnn... no. —Gianpietro sacude la cabeza de lado a lado, como para subrayar que no, verdaderamente no lo entiende. Aun a riesgo de que la maestra vuelva a levantar los ojos al cielo.

—...

—...

—Hemos decidido criar todos juntos a Mandorla —anuncia por fin Tina—. Como si fuera la hija de todos, para expresarlo como lo harían los monjes trapenses.

—...

—No romperemos en dos, o en tres, o en cuatro, según sea el caso, ninguna familia del edificio, para expresarlo como lo haría Lidia.

—Pppppp... pe... pppppp... pero...

—Maria estaría de acuerdo, eso es lo que estás pensando, ¿verdad? Eso es, Gianpietro, muy bien: eso es exactamente lo que todos pensamos, de lo que estamos todos convencidos. Además, hace falta tener un poco de imaginación, de fantasía, si no, la vida, que es una prepotente, acaba mandando ella y nos convierte en meros esclavos: no había reunión de junta de vecinos en que

*Maria no nos lo repitiera tres veces por lo menos, dijo la señora Barilla, y te juro por Dios que en ese preciso momento yo estaba pensando exactamente lo mismo. Hace falta un poco de fantasía. Maria lo repetía como un salmo.*

[...]

Señorita Polidoro, se nos ha acabado el detergente, ¿no tendría usted...? ... Señorita, Cate está en el tribunal, y no tengo con quién dejar a Lars... El azúcar... La sal... ¿Puedo delegar mi voto en usted para la próxima reunión de vecinos?

El motivo por el que sonaba el timbre de Tina no era nunca para charlar un poco.

Es verdad que tengo que reconocer que, al principio, antes de que muriera mi madre, antes de que me viera de repente con cinco familias, antes de que empezara todo, vamos, yo tampoco tenía buena opinión sobre ella.

Peor aún: me daba miedo.

La culpa la tenía el adhesivo gigante en el escape del asador de pollos que había justo debajo de casa. De la casa de Tina, me refiero. De la casa de todos. De mi casa.

Porque cuando mi madre iba a recogerme al colegio iba siempre con prisa y me llevaba directamente a casa (a nuestra casa: la mía y la de mi madre, me refiero), donde, con la misma prisa, me preparaba algo de comer y luego se iba corriendo, no sin antes decir-

me que no hiciera travesuras, que ella volvería en cuanto anoheciera. Y, en efecto, nueve de cada diez veces, cumplía su palabra. Pero esa vez entre diez que volvía después de anohecido, podía estar segura de que cenaríamos bocaditos de patata y pizza.

Los compraba precisamente en el asador de pollos de la calle Grotta Perfetta. Yo también había estado allí una vez. Pero ya no había querido volver porque en el escaparate había una bruja. Una bruja con la cara fucsia, la nariz llena de verrugas, y el pelo sucio, que se cubría con una piel de león y llevaba en una mano una varita mágica torcida y en la otra un pollo asado.

Por si fuera poco, en un ojo le brillaba una estrellita que parecía decir: «No me importa ser una bruja, no es ningún problema para mí, al contrario, estoy muy orgullosa; si acaso el problema lo tenéis vosotros, que no sois asquerosos como yo, así que tened cuidado, podría haceros de todo y cuando menos os lo esperéis.»

Pues bien, a mí se me había metido en la cabeza que Tina era esa bruja. Además vivían muy cerca, era fácil confundirse. Por eso, cada vez que mi madre nombraba a la señorita Polidoro, yo pensaba que se refería a la bruja.

«La señorita Polidoro me ha dado chocolatinas para ti», me decía, y yo pensaba en la bruja.

«Perdona, mi vida, he terminado tarde y no me ha dado tiempo a hacer la compra, pero he pasado por la Bruja y he traído un poco de pizza y bocaditos

de patata», y yo pensaba en la señorita Polidoro.

Una vez nos la encontramos incluso, a la señorita Polidoro —a la de verdad, claro—. Ocurrió un sábado por la mañana, en el mercado. Se nos acercó una señora que no era ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, con el pelo medio gris medio castaño recogido en un moño, vestida como nunca había visto yo vestirse a nadie, con una falda de lana marrón hasta los pies y una chaquetita roja con botones en forma de mariquitas.

—Mandorla, saluda a la señorita Polidoro —me dijo mamá.

—¡Huy, Mandorla! Yo te vi cuando acababas de nacer, ¿sabes? Cuánto has crecido... No me reconoces, ¿verdad? —dijo la bruja dirigiéndose a mí. Porque por las mañanas, cuando va al mercado, se disfraza así para pasar inadvertida, pensé, y yo sólo tenía ganas de salir corriendo, de defendernos del terrible peligro al que nos enfrentábamos: ¿y si terminábamos las dos en el horno, como el pollo? Mi madre, que no se daba cuenta de nada, mientras tanto se había puesto a charlar con ella como si no ocurriera nada. Se sintió incluso obligada a darle explicaciones:

—Perdónela, señorita Polidoro, pero Mandorla es una niña un poco rara, a veces ni siquiera yo entiendo las cosas que se le pasan por la cabeza.

—No, mujer —contestó la bruja—, quizá sea culpa mía: es que yo no me doy buena mano con los niños.

[...]

Pero entonces llegó ese día. Esperándome a la salida del colegio encontré a la señorita Polidoro. Estaba ahí, al fondo del patio, abrazada a un bolso enorme en el que ponía ERMANI, y torturaba a pellizquitos los flecos del chal negro de forro polar con el que se protegía del frío. En cuanto la reconocí y vi que me miraba a mí, empecé a gritar de miedo, como aquella vez en el mercado. Ella pensó que lo hacía porque, de tan sensible como era, ya lo había entendido todo sin necesidad de que me lo explicara, y me dijo:

—Pequeñita, no te preocupes. Desde el cielo, Maria siempre seguirá ocupándose de ti.

Y así fue como me enteré de lo que había ocurrido. O mejor dicho, de lo que, desde ese momento, ya no volvería a ocurrir: llamar a mi madre y oírle contestarme «dime».

Cuando Tina me llevó a casa desde el colegio, tenía la cabeza tan vacía que no me fijé en el adhesivo del escaparate del asador. Y, huelga decir, tampoco conseguía concentrarme en todo lo demás: porque, evidentemente, hay demasiadas cosas feas como para que puedan metérsese en el cerebro al primer impacto.

Es precisamente eso lo que intentaba explicarle a Pavarotti hace un rato.

Antes o después, tarde o temprano, *algo* nos asusta, nos hace daño de verdad, y entonces cerramos las

persianas a todo lo demás. ¡Por eso el mundo se vuelve incomprendible! Porque nos parece formar parte de él, estar bien o estar mal junto con todos los demás, pero no es verdad. Estamos más concentrados en lo que tenemos encerrado dentro de nosotros, detrás de las persianas bajadas, que en lo que sucede fuera: y ya no entendemos nada de nada.

A mí, por ejemplo, se me bajaron las persianas en el mismo instante en que vi a Tina en el patio del colegio. Y, desde entonces, las ideas que tendría que poner en orden esta noche empezaron a enmarañarse entre ellas, irremediabilmente.

Tanto es así que, ahora, el único detalle en el que recuerdo haberme fijado el día en que murió mi madre fueron las cortinas tirolesas en las ventanas del primer piso. Supongo que la intención de Tina era que animaran un poco la habitación, que pusieran una nota de alegría. Pero, en lugar de eso, no sé cómo explicarlo: parecían burlarse de ella. Y, así, me pasé las primeras horas en esa casa deseando sólo una cosa: ser esas cortinas. Tener su seguridad en sí mismas, su indiferencia rosa con rombitos azules.

Oh, cortinas,  
os habla Mandorla:  
juro que no volveré a comer golosinas,  
pero vosotras a cambio dadme ya  
vuestros rombos azules,  
por favor,  
para que me ponga uno en la tripa, uno en el corazón



y otro en la cabeza,  
donde, para entendernos, ahora  
el dolor  
(aunque no diga ay)  
se impone.  
Oh, cortinas,  
hagamos un intercambio:  
yo me cuelgo en vuestro lugar sin hacer nada,  
y vosotras descubris en mi lugar,  
eso exactamente  
que no logro descubrir yo:  
por qué,  
por ejemplo,  
mamá no me esperaba hoy en la puerta del colegio,  
por qué no la veré mañana  
ni tampoco pasado mañana por la noche,  
pero sobre todo descubrid por qué,  
oh, cortinas,  
mamá,  
que me lo decía siempre todo,  
esta mañana sin embargo no me ha dicho  
que este día iba a terminar así,  
que aún no he descubierto cómo  
termina,  
y de eso se trata precisamente:  
mientras yo me cuelgo en vuestro lugar,  
vosotras,  
oh, cortinas,  
lo descubris.

[...]

Resumiendo.

A los doce años medía un metro treinta y uno de altura: o, mejor dicho, de bajura.

No pesaba nada pero, a diferencia de lo que sostenía Tina, comía bastante.

Iba por ahí vestida como un *collage* y no lo hacía aposta, pero:

1. si no te das prisa en darte cuenta de cómo visten los Otros Niños de Tu Edad luego es difícil recuperar el tiempo perdido;
2. no quería disgustar a ninguno de los vecinos de la calle Grotta Perfetta 315.

Así es que llevaba mis típicas bailarinas, los vestidos rabiosos que le gustaban a Samuele, la chaqueta de paño azul de Cate, los pendientes de oro y de coral; en el pelo, una horquilla con forma de mariposa que me había regalado la señora Barilla, y, en el cuello, un colgante con un colmillo de elefante que Lidia y Lorenzo me habían traído de África, donde al final sí consiguieron marcharse.

No tenía amigos; aunque una vez, si he de ser sincera, lo intenté: con Eva Brandi, una rubita que se

sentaba detrás de mí y de Matteo. Eva era un perfecto ejemplar de la categoría ONME. No es que por aquel entonces fuera nada del otro mundo, al contrario. Era alta, sí, pero también flaca como un fideo, y no paraban de salirle granos en la frente. Pero a ella no parecía importarle, estaba encantada con sus vaqueros elásticos, y muy orgullosa de saber participar en cualquier conversación que mantuvieran los chicos de la clase, durante el recreo, ya fuera de una película que hubieran visto la noche anterior o de un partido de fútbol.

El caso es que un día, cuando sonó el timbre que anunciaba el final de la última hora, Eva, que hasta ese momento no me había dirigido la palabra jamás de los jamases, me sonrió y me dijo adiós. Como Caterina siempre me estaba dando la tabarra con que no era normal que no invitara a nadie a hacer los deberes conmigo por la tarde, cogí la ocasión al vuelo e invité a Eva. E, increíble pero cierto, ella me contestó que vale.

—¿Esta tarde a las cuatro?

—Oca —me contestó: que quiere decir ok, en la lengua de los ONME.

Empecé a esperarla desde ese mismo momento: de lo nerviosa que estaba ni siquiera pude comer, porque siempre he tenido debilidad por esos momentos con respecto a los cuales, el día de mañana, se puede echar la vista atrás para decir: «¡Fue entonces! ¡Fue entonces cuando estaba empezando todo, y yo no lo sabía!» La primera vez que se estrechan la

mano dos personas que luego serán marido y mujer, el primer malentendido entre quienes, de ahí a un año, se mandarán al cuerno definitivamente: la primera de las infinitas tardes que dos amigas del alma pasarán juntas.

Porque, mientras esperaba a que fueran las cuatro, no hacía más que imaginarnos de mayores, a Eva y a mí, sentadas en un bar con las piernas cruzadas, contándonos la guerra que nos daban nuestros hijos, que, mira qué casualidad, habrían nacido el mismo día y eran un niño y una niña que, por supuesto, de mayores se habrían casado el uno con la otra. Y por fin Eva llamó al telefonillo. Le abrí para que subiera y, en cuanto entró, le ofrecí un zumo y un bocadillo de Nutella, como Cate me había aconsejado. Una vez terminada la merienda, quise hacerle unas preguntas para poder ser amigas del alma. Le pregunté cuál era su color favorito, si prefería los números pares o los impares, cuántos hermanos tenía, etc. Pero entonces, en un momento dado, ella estalló y me preguntó: «Bueno, ¿y ahora qué hacemos?» Yo intenté explicarle que ya estábamos haciendo algo, es decir, trabar amistad. Pero entonces ella se empeñó a toda costa en ver la tele. Al menos, añadió.

«Vamos a ver la tele, al menos.» Eso fue lo que dijo exactamente. Y nos pusimos a ver el canal de la teletienda, calladas las dos, hasta que su madre vino a recogerla, y entonces nos despedimos, con esa especie de vergüenza que quizá le da a todo el mundo cuando está claro que el final de una primera cita no

llevará a nada maravilloso, al contrario, sino que coincide con la certeza de que no habrá una segunda.

En realidad, la cosa con Eva Brandi no terminaría ahí.

Pero, por aquel entonces, parecía que sí.

Por lo demás, mis compañeros de clase se limitaban a no burlarse de mí, gracias a Matteo Barilla, pero estaba claro que no les interesaba lo más mínimo saber quién era yo ni lo que pensaba, mientras que Matteo, a quien sí le interesaba, por aquel entonces no me interesaba a mí.

Sigamos.

Ya había tenido sarampión, paperas y tos ferina. Había estado dos veces en Santa Marinella con Tina, tres veces (dos en verano y una en invierno) en la montaña con los Grò, en París, también con los Grò, y en Nápoles, sólo un día, con Cate, que tenía allí un juicio.

Me gustaba marcharme y también me gustaba volver: quedarme en un sitio, en cambio, empezaba a ser un problema.

Sigamos.

Me gustaba ver cómo la lluvia formaba gotitas en la ventana, jugar a las damas los jueves por la tarde con Gianpietro Costanza, al escondite con Lars, leer los libros que las editoriales le regalaban a Lorenzo y que él luego me regalaba a mí, asistir en directo, desde el estudio radiofónico, cuando al día siguiente no tenía colegio, a las retransmisiones de *Sentimentales anónimos*, el programa de Lidia.

No me gustaba la geometría, ni la idea en general de tener que estudiar y aprender cosas que no me interesaban en absoluto sólo para que me preguntara alguien que ya sabía las respuestas a las preguntas que me hacía, no me gustaban los huevos, ni las judías ni la sopa de verduras.

Rezaba cada noche para poderme transformar en una cosa distinta, pero si alguien me hubiera pedido que eligiera una sola, no lo habría dudado: el taxi inglés de *Mundoperro*, habría dicho.

Cuando Tina, Cate o el ingeniero Barilla iban a hablar con mis profesores, volvían siempre con el mismo veredicto: el problema era que tenía la cabeza en otra parte (aunque ningún profesor me hacía el favor de especificarme dónde). Y las cosas buenas eran que era una niña muy educada y me expresaba con «notable propiedad en el lenguaje» para la edad que tenía.

Puede. Yo no es que me sintiera especialmente afortunada por conocer el significado de palabras como «paradigmático», «iluminismo» o «follar».

Sigamos.

Prefería el invierno al verano, el *pandoro* al *panettone* y los perros a los gatos.

Pero sobre todo: con doce años, veía a mi padre en todas partes.

Como me había recomendado Tina, no le había dicho nada a nadie de esa maldita tarde, de Samuele desnudo con Giulia Barilla desnuda, etcétera, etcétera, etcétera. Me había limitado, a la mañana siguien-

te, a preguntarle a Cate: «¿Me acompañas a cortarme el pelo esta tarde?» Y aunque el peluquero no dejara de cortar, y me hubiera reducido a una especie de soldadito, estaba satisfecha porque también Cate se había decidido a peinarse. Nada de pelo teñido de verde al estilo de Giulia, es cierto: pero con el pelo bien peinado, ligeramente ondulado como si se lo agitara el viento, en mi opinión Cate habría podido participar en un concurso de belleza y ganarlo. También se dará cuenta Samuele cuando la vea volver a casa así, pensaba yo.

Mientras tanto, fiel a nuestros planes, Tina asumió la responsabilidad de convocar a los vecinos en el antiguo lavadero y anunciarles: «Mandorla lo sabe.» Por lo que me contó, la única preocupación de todos fue que nada cambiara en esa especie de equilibrio que, con tanta dificultad, habían logrado asegurarse a sí mismos y a mí. No importaba que yo supiera lo que había pasado cinco años antes: pero por mi bien, sobre todo por mi bien, que no se me ocurriera querer saberlo todo. Saber ¿qué? Querido Pavarotti, ¿cómo que qué? ¡Pues qué va a ser, la Verdad!

«Porque hay secretos que respetar, secretos que, en aras de nuestra serenidad, son tan importantes como las cosas que, por el contrario, sabemos», sentenció Tina, al final de su relato de la reunión con los vecinos. Para después preguntarme, con esa aprensión que transforma las preguntas en súplicas:

—Bueno, qué, ¿me prometes, pequeñita, que no te vas a meter ideas raras en la cabeza?

—Te lo prometo —le contesté.

Estaba claro que, con eso de «ideas raras», se refería al deseo de descubrir quién era mi padre.